



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XX XVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11 080

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 Id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 Id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 1.º DE AGOSTO DE 1888

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimirtie 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

**LA UNION**  
Y  
**EL FENIX ESPAÑOL**

**COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS**

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.  
31 AÑOS DE EXISTENCIA  
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA  
Sede social en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Calle 15.

peran, naturalmente, en todo el territorio americano de la manera más escandalosa.

Los periódicos están llenos de anuncios relativos á dichas agencias.

En algunos números hemos visto anunciadas 60 de estas oficinas, sometiéndolas á la vez la confianza de la clientela por medio de relaciones como los siguientes:

«Divorcios completos, sin publicidad, en el plazo de un mes y por cualquier motivo. Exito garantido. Circular y consultas gratuitas. Agencia nacional de las leyes, 81, Broadway.»

«Divorcios completos, sin publicidad. Consultas gratuitas. F. R., hombre de ley, 6, St. Mark's place. No se paga nada por adelantado.»

«Divorcios baratos, sin publicidad; malos tratamientos, abandono, incompatibilidad, intemperancia, negativa de alimentos, etc. Explicaciones gratuitas. Confidencial. Consultar á B... 261, Broadway.»

Mr. Lawson, autor del estudio publicado en la *Revista de las Revistas*, estima que tal estado de cosas es amenaza tor para el porvenir de la raza americana.

No habrá quien no sea de su opinión.

expusieron la conveniencia de no atacar al enemigo, dadas las pocas fuerzas con que contaban, D. Juan de Austria no hizo caso de estos consejos y ordenó la marcha contra el ejército rebelde.

Los capitanes Amador de la Abadía y Macío Pagani, hicieron la descubierta para que avanzara la vanguardia, que se componía de cinco mil arcabuceros y seiscientos ginetas, empezando la lucha con el enemigo que enseguida abandonó sus posiciones como si no tuviera confianza en la refriega.

Una repentina retirada hizo sospechar al de Austria alguna asechanza de los rebeldes, y con objeto de evitar pérdidas ordenó inmediatamente la retirada; pero la orden no llegó por desgracia á tiempo, pues la vanguardia había atravesado la aldea persiguiendo al enemigo, yendo á desembocar en la llanura donde los rebeldes habían apostado un ejército de doce mil hombres y siete mil caballos, arrojándose sobre nuestras confiadas tropas y empeñándose un desigual combate.

La severidad y el acierto de Farnesio salvó de una catástrofe segura á nuestro ejército, pues aunque la retirada era difícil, gracias á su buena dirección se verificó con órden admirable, si bien á costa de numerosas bajas, sobre todo en la caballería, que resistió el ataque por sí sola con objeto de salvar á los infantes.

Recibió Farnesio los plácemes de don Juan y la satisfacción de que éste confesara su error al ordenar el avance.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

**Almirante.**—¿Dónde?  
**Presidente.**—(señalando á Oeste).—A Europa.

**Almirante.**—De acuerdo.  
**Presidente.**—¿Cuanto tiempo necesitáis para trasladaros al Mediterráneo?

**Almirante.**—(calculando con rapidez).—Nueve días, once horas, treinta y un minutos y siete segundos.

**Presidente.**—Es lo que yo había calculado. Estadéis en Gibraltar...  
**Almirante.**—(viendo un almanaque).—El 29 de Julio á las doce y cincuenta del día.

**Presidente.**—¿Cuál es, según vuestra opinión, el primer puerto español de que os preciso apoderarse para efectuar inmediatamente un desembarco?

**Almirante.**—Cartagena. A dos pasos de Gibraltar.

**Presidente.**—¿Estaréis allí el 31 de corriente?

**Almirante.**—El 30, por la noche.

**Presidente.**—¿Que distancia existirá entre Cartagena y Madrid?

**Almirante.**—Ciento setenta leguas y una fracción.

**Presidente.**—¿Negocio de...?

**Almirante.**—Quince días, porque los españoles tienen la pueril manía de resistir á nuestras tropas.

**Presidente.**—Pero, en fin, ¿nuestras fuerzas de desembarco estarán en Madrid?...

**Almirante.**—El 16 ó el 17 de Agosto.  
**Presidente.**—Estamos por completo de acuerdo, mi querido almirante. (Mirando al mapa de España).—¡Bello país! Constituirá para nosotros una excelente colonia europea...  
Alfred Capus.

## LA MUJER AMERICANA Y EL DIVORCIO

La «Revista de las Revistas» continúa la serie de sus interesantes estudios sobre las mujeres de los diferentes países.

En su último número trata de la mujer americana.

Uno de los hechos más notables de la condición de las americanas, es la fragilidad de los lazos del matrimonio y la frecuencia del divorcio.

Se encuentra, por ejemplo, un divorcio por cada 10 matrimonios, en el Estado de Connecticut; por cada 14, en el de Vermont, y por cada 21, en Massachusetts.

En 1801 hubo en Chicago un divorcio por cada 8 matrimonios.

Por consecuencia de la autonomía legislativa de los diferentes Estados de la Unión, la ley del divorcio varía de una región á otra.

En la mayor parte de los Estados se ha tenido cuidado de definir los motivos del divorcio; pero hay alguno en que el legislador no ha tenido tal pensamiento.

En el Maine, por ejemplo, la ley autoriza á los jueces á declarar el

divorcio «por motivos que en su opinión pueden justificarlo».

En el Oregon una ley reciente proclama que la separación voluntaria de los dos esposos producirá de derecho los efectos de un divorcio.

En semejantes condiciones, el lazo conyugal pierde toda especie de valor, y los mismos jueces consideran esta clase de asuntos como totalmente desnudos de interés, y en tal concepto los tratan.

Hace poco tiempo, una dama de Bruch presentó una demanda de divorcio ante el tribunal de Brooklyn. El juez envió inmediatamente la demanda á un abogado, en concepto de árbitro, y éste formó la causa por la tarde y presentó su Memoria al día siguiente por la mañana.

El juez abrió la sesión en el acto, aprobó el informe del abogado y pronunció la sentencia. Todo quedó arreglado en poco menos de 24 horas.

En el año último, al abrirse el tribunal de Boston, el pretorio estuvo lleno, durante tres días, de hombres y mujeres que pedían el divorcio. En la primera semana lo obtuvieron 75 parejas.

Las agencias de divorcio pres-

## GLORIAS NACIONALES

Batalla de Rimenant.  
1 de Agosto de 1578.

La desastrosa guerra de Flandes que tantas víctimas había ocasionado á España, seguía con furor creciente, no pasando día en que no hubiera encuentros y batallas, que aun cuando insignificantes las más veces, su conjunto ocasionó lamentables pérdidas.

Habiendo D. Juan de Austria que los rebeldes se hallaban en la aldea de Rimenant y sus inmediaciones, celebró consejo de capitanes, y á pesar de que Alejandro Farnesio y Gabrio Cervelloni

## Estilo Bonaparte

(Traducción de «LE FIGARO»)

Echado el presidente Mao-Kinley sobre un gran mapa-mundi, lo mismo que Bonaparte sobre una carta geográfica de Italia, predice á Bourrienne, si es creíble una leyenda popular, la victoria de Marongo. Con el almirante jefe de la escuadra de los Estados Unidos, habla éste de la guerra hispano-americana.

**Presidente.**—Tenemos mucho que hacer en las Antillas, mi querido almirante.—Han caído ó caerán en nuestro poder todas las colonias españolas.... Es preciso ir allí.

## ODISEA POSTAL

Ha llegado á Barcelona el Sr. D. José Llovio, comerciante y propietario de Cienfuegos (Cuba), cuyo viaje desde la gran Antilla á nuestra ciudad, constituye una verdadera odisea postal.

El Sr. Llovio ofreció á traer á la península correspondencia de Cuba, y dada su respetabilidad é inquebrantable españolidad, tanto las autoridades como algunos particulares no vacilaron en aceptar el patriótico ofrecimiento del Sr. Llovio y le confiaron algunos pliegos oficiales y más de quinientas cartas

Asima no contestó, pero el alarido desgarrado que brotó de la garganta de aquella madre, y que arrastró el viento en las alas de la tempestad, le hizo comprender que aquel niño lo era todo en tan supremo instante; que en él estaba enlazada la grandesa de la Francia, y que arrebatado de su poder, como acontecería de un momento á otro, perdía su prestigio, su nombre, su aureola.

Entonces un pensamiento siniestro cruzó por su imaginación. Arrebató precipitadamente la pobre criatura del seno de la madre, y lanzando un ronco grito saltó sobre los peñascos y corrió precipitadamente á la punta donde poco antes había estado Ottoboni.

Ya era preciso: sentíase cada vez mas cercana la carrera de los caballos de sus enemigos.

Ana arrojó un grito indefinible al ver que le arrebataban á su hijo, y hubiera caído muerta á no ser mas poderoso ese sentimiento divino de madre que da fuerzas y conserva la vida para salvar al precioso objeto de su alma ó perecer con él. Ana entonces sintió que su espíritu le daba un vigor desconocido y sobrenatural; sin saber el terreno que pisaba, sin temor á la borrasca, ni á la noche, ni al huracan, comprendió que su corazón se hacía pedruzcos, que su sangre quedaba coagulada en las venas, y que

Entonces, volviéndose hacia la parte de tierra, escuchó la carrera de sus perseguidores.

Miró al firmamento y rechinó los dientes: delante estaba el Mediterráneo; no podía avanzar: detrás se hallaban sus enemigos; no podía retroceder: á sus costados se alzaban rocas inaccesibles; no podía huir. Dios, la tempestad y el hombre, lo detenían. Estaba encadenado por el cielo, por la naturaleza y por el destino.

Al punto subía del corazón de Asima á la cabeza una niebla de sangre, un torbellino horrible. Una inmensa ráfaga de viento le llevó el sombrero y no lo sintió, quedándose sobre las rocas como un genio maldito, como una petrificación del crimen.

Los momentos eran contados; era preciso obrar.

Asima se acercó brutalmente á Ana, y tomándola de una mano tiró de ella con fuerza.

—Seguidme, murmuró con voz sorda.

—¡Oh! Dios mio... Dios mio, ¿á dónde me conduís? contestó la desgraciada madre resistiéndose á aquella terrible violencia.

—Seguidme, replicó Asima arrastrándola hasta sacarla fuera del carruaje.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡lo vais á matar! gritó Ana cayendo de rodillas y adviniendo algo de espantoso en aquel hombre.

nitó, pulverizado por la mano de Dios, el horrible estruendo de las olas, los silbidos del viento, la carrera de aquel carruaje, las misteriosas conversaciones de aquellos seres que pasaban como arcángeles malditos, precursoras de la tempestad, todo esto tenía una de esas apariencias etéreas que Brueghel ha sabido dar á sus cuadros, y el Dante á sus descripciones.

Llegaron por último al cabo de Creus, punto de esperanza para unos, de desesperación para otros.

Alzabase el mar contra sus alijados pedruzcos, los cuales puestos allí como centinelas de granito, parecían detener con su eterna inmovilidad los furores del Mediterráneo.

Parecían escucharse en el fondo gritos, dolorosos de víctimas que se estrechaban contra las piedras y rumores fantásticos que pasaban entre las húmedas bocanadas del viento.

Asima, con el cabello erizado mandó detener el carruaje. Ottoboni abrió la portezuela.

Un relámpago hirió á aquellos dos rostros animados por el crimen, y la desventurada Ana, que leyó en ellos un pensamiento infernal, exhaló un apagado grito y estrechó convulsivamente á su hijo contra su corazón.

Maese Angelo, con una mano extendida hacia la